

Importancia de la formación profesional ante situaciones de desastre o catástrofe

Laura Imbert¹

Lucrecia Cerini²

Recibido: 20-10-2016

Aceptado: 07-12-2016

Resumen:

El presente artículo surge de procesos de investigación, de docencia y de experiencias de intervención llevadas a cabo por un equipo de docentes investigadores de la Facultad de Trabajo Social (FTS) de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER).

Se plantea como objetivos: a) socializar algunos resultados de los procesos de investigaciones desarrollados y b) argumentar la importancia de la formación profesional, en carreras de ciencias sociales y humanas, ante situaciones de desastre o catástrofe.

La ocurrencia en un *continuum* lamentable de desastres, catástrofes o de crisis causadas por éstos, en la región, el país y el mundo, reafirma con toda nitidez, la relevancia social y académica del abordaje de las problemáticas emergentes de los mismos.

En las catástrofes, las relaciones de los hombres con la naturaleza, con su propio cuerpo y con sus semejantes se manifiestan en relaciones extremas desbordando

¹ Lic. en Servicio Social. Magister en Trabajo Social. Docente investigadora de la Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de Entre Ríos. Argentina. E-mail: lauraimbert@yahoo.com.ar

² Lic. en Psicología. Docente investigadora de la Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de Entre Ríos. Argentina. E-mail: lucreciacerini@hotmail.com

las capacidades materiales y simbólicas para enfrentarlas, afectando los sistemas de representaciones, tanto singulares como colectivas.

Las intervenciones e investigaciones que realizamos sobre situaciones de desastre o catástrofe, nos permiten afirmar que profesionales de diversas disciplinas del campo de las ciencias sociales y humanas, como trabajadores sociales, psicólogos, médicos, enfermeras, comunicadores sociales, también docentes, se encuentran interviniendo en estos escenarios diversos y cada vez más frecuentes, lo que constituye una seria apuesta del ejercicio profesional en la contemporaneidad, que por ende, plantea requerimientos de formación que permitan y potencien intervenciones idóneas, complejas, que den respuestas apropiadas en cada uno de los diferentes momentos atinentes a estas situaciones y prevengan consecuencias subjetivas y socio-comunitarias indeseadas.

Palabras claves: desastres; catástrofes; formación profesional.

Abstract:

This article comes from research and teaching processes, and from experiences of intervention accomplished by a work team of teachers and researchers from the Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

The objectives proposed are: a) socialize some results developed from the research processes and b) explain the importance of the professional training, in social and human sciences careers, in disaster or catastrophe situations.

The sad occurrence probability of disasters or catastrophes, or crisis caused by them, in the region, the country and the world, clearly reassures, the social and academic relevance of the approach to address problems that emerge from these situations.

In the catastrophes, the relationship between man and nature, with his own body and with his fellows, reveals extreme relationships, overgrowing the material and symbolic capacities to face them. This also impacts the symbolic systems of representations, both singular and collective.

Our interventions and researches about disaster or catastrophe situations, allow us to assert that professionals from different disciplines from the social and human sciences field, such as social workers, psychologists, doctors, nurses, social communicators, and also teachers, found themselves intervening in these variety of settings, more and more frequently. This represents a serious commitment of the professional exercise nowadays, and therefore requires trainings that allow and promote suitable and complex interventions, that corresponds to each different moment of these situations, and prevents subjective and socio-communal unintended consequences.

Keywords: disasters; catastrophes; professional training.

Introducción

Como docentes y miembros del equipo de investigación de la Facultad de Trabajo Social (Universidad Nacional de Entre Ríos) hemos participado de instancias de trabajo/reflexión y espacios de capacitación a los que fuimos convocadas en distintos lugares del país, con profesionales y otros actores sociales que intervinieron en desastres como: incendios, inundaciones, tornados, explosiones en edificios, pedradas. A partir de estas experiencias de trabajo hemos observado las dificultades con que se encuentran los profesionales y otros actores en el desempeño de labores ante estas situaciones que causan enorme daño y destrucción masiva a las poblaciones. Ante ello, se advierte la escasez e insuficiencia de formación profesional específica que brinde las herramientas para la intervención en este tipo de problemáticas y prevenga efectos indeseables en el personal que interviene.

Como objetivos de este artículo proponemos: a) socializar algunos resultados de los procesos de investigaciones desarrollados y b) argumentar la importancia de la formación profesional, en carreras de ciencias sociales y humanas, ante situaciones de desastre o catástrofe.

Intervenciones profesionales en situaciones de desastre. Riesgos de afectación subjetiva

Los equipos de trabajo constituidos para dar respuestas ante situaciones de desastre o catástrofe son una pieza fundamental cuando ocurre la tragedia, cuyo objetivo primordial e inicial en la urgencia es salvar vidas.

El personal que presta sus servicios aborda el importante y crucial problema de trabajar ante estas situaciones de extrema vulnerabilidad y fragilidad psicosocial.

Jeffrey Mitchell (OPS-OMS, 2002, p. 36) sostiene que *“no existe ningún tipo de entrenamiento que pueda evitar completamente la posibilidad de que una persona que trabaja en el marco de una situación de desastre, sea afectada en el orden psíquico”*.

A partir de las intervenciones que hemos realizado desde el equipo de investigación y particularmente por los resultados de la investigación desarrollada sobre *“Situaciones de desastre o catástrofe: agentes y dispositivos de intervención”*³, podemos afirmar que la mayoría de las profesionales que se desempeñaron en diferentes eventos de estas características no contaban con formación y/o capacitación, ni entrenamiento específico para intervenir en catástrofes. Y pudo relevarse que todas, de un modo u otro, en mayor o menor medida, resultaron afectadas en el orden psicológico sin desconocer el lugar del cuerpo en esta afectación.

Desde la perspectiva psicosocial con que analizamos este hecho, precisamos conceptualmente la repercusión psicoemocional sobre los agentes intervinientes, utilizando la categoría afectación subjetiva, entendida como las consecuencias sobre los agentes profesionales intervinientes, que se manifiestan en daños o perjuicios potenciales, alterando o modificando algo no necesaria o excluyentemente en sentido de daño o perjuicio. Compartimos lo que sostiene Agamben (2000): la vida humana son los modos, actos y procesos singulares del vivir que nunca son plenamente hechos, sino posibilidades y potencias múltiples indeterminadas.

La afectación subjetiva que pueden sufrir los profesionales que trabajan ante estas situaciones cuando no existe formación específica/especializada o la misma resulta insuficiente para este trabajo; y además si no se cuenta con medidas de prevención debida y adecuadamente utilizadas; deben enfrentarse con situaciones desgarrantes y no siempre están suficientemente preparados para ello.

En las entrevistas de la investigación, así como en las jornadas de trabajo e intercambios realizados con diversos profesionales y agentes de intervención,

³ Este Proyecto de la FTS-UNER, dirigido por la Prof. Médica Silvia De Riso se focalizó en las catástrofes hídricas de 2003 y 2007 acontecidas en la ciudad de Santa Fe (Argentina). Integrantes de este equipo fueron: Mg. Sandra Arito (co-directora), Lic Mónica Jacquet, Dr. Carlos Gomez, Mg. Laura Imbert, Prof. Elida Benitez, Lic. Lucrecia Cerini. Integrantes becarias: Yasna Hamann Tureo, Marianela Mendez.

advertimos una primera evidencia relativa a las diferencias en la afectación en lo que refiere al antes, durante y después de estos eventos, pues sin duda los diferentes momentos por los que se atraviesa en un hecho catastrófico tienen características singulares, entre ellas la vivencia de caos inicial.

El trabajo en desastres y catástrofes incluye para los equipos intervinientes el enfrentamiento a situaciones testresantes, como las largas horas de esfuerzo continuo que implica el trabajo sin pausa ni descanso ante la situación de caos y desborde, provocando una alteración del orden habitual y de la vida cotidiana. También importa considerar lo que implica trabajar con la angustia y el dolor masivo de las personas afectadas en un escenario en el que sobrevuela siempre la posibilidad de la muerte.

Emerge lo siniestro u ominoso. Lo ominoso para Freud es el producto del interjuego de lo propio y lo no propio, entre lo familiar y lo no familiar, transformándose como lo no representable para el psiquismo.

Los profesionales que asisten en la emergencia se encuentran sometidos tanto a presiones internas como externas, lo que se refleja en un estado de tensión y excitación que afecta también el descanso y la consecuente recuperación. Una constatación importante es la de la doble afectación o fenómeno también denominado de los mundos superpuestos para quienes intervienen en catástrofes; es decir como agentes de la intervención y como sujetos inmersos en la violencia del entorno, siendo muchas veces, ellos y sus familias, parte de la población afectada.

Las expresiones emocionales que revisten intensidad suficiente, pueden conducir al agotamiento excesivo o al llamado síndrome de fatiga por compasión (Figley 1995 en Benyakar 2006), versión del Síndrome del *Burn Out* para los profesionales actuantes.

Martínez, M. y Guerra, P. (1997) definen el Síndrome de *Burn Out* como

resultante de un prolongado estrés laboral que afecta a personas cuya profesión implica una relación con otros, en la cual la ayuda y el apoyo ante los problemas del otro es el eje central del trabajo. Este Síndrome abarca principalmente síntomas de agotamiento emocional, despersonalización, sensación de reducido logro personal, y se acompaña de aspectos tales como trastornos físicos, conductuales, y problema de relación interpersonal. Además de estos aspectos individuales este Síndrome se asocia a elementos laborales y organizacionales tales como la presencia de fuentes de tensión en el trabajo e insatisfacción personal (p. 48).

La dimensión subjetiva relacionada a la identidad profesional también aparece lesionada. Esto se evidencia en la complejidad del ejercicio del rol en circunstancias como las que se analizan, en donde se producen pérdidas de liderazgos tradicionales y/o cambios en los liderazgos cotidianamente ejercidos por los profesionales, planteándose –en lapsos muy breves- re asignaciones de roles y funciones, con coordinaciones no siempre adecuadas entre los mismos.

Además hay que enfrentar los conflictos que surgen con otros actores sociales que participan en tareas solidarias ante la emergencia, por ejemplo los voluntarios de diversas organizaciones. Y aquellos conflictos que suelen producirse con quienes encarnan lugares de autoridad y decisión, cuando no reconocen la experiencia ni los saberes que poseen los profesionales en torno al contexto socio-comunitario que sufre la catástrofe. El saber sin escucha ni valoración, es generador de sentimientos de frustración.

Notablemente todo ello conlleva a estados de angustia, bronca, impotencia, sobrecarga y un imperativo del deber hacer, como dejaron ver las entrevistadas de la investigación, que agudiza los riesgos de afectación subjetiva. Otro signo es la

dificultad que presentan para “desconectarse” de la situación, desencadenando otra de las consecuencias negativas que experimentan los agentes que trabajan activamente bajo estas circunstancias.

Por ende, la tarea asumida supone, entre diversos aspectos: la imperiosidad de cumplir múltiples funciones en simultáneo, la toma de decisiones en la urgencia e inmediatez y la coordinación de un grupo numeroso de personas, muchas de ellas en estado de crisis. Todo esto suele generar una sobrecarga psíquica para quienes realizan estas labores, no encontrando espacio para la catarsis y elaboración de lo que está sucediendo, porque no hay tiempo para parar, sino para hacer, atender y responder como se pueda y bajo circunstancias hostiles. Es entonces un foco de *stress* significativo intervenir como parte de un equipo de profesionales que no se encuentra adecuadamente preparado para estas circunstancias.

Es de relevancia comprobada el valor de las intervenciones psicosociales que habilitan la escucha en situación y generan la posibilidad de la elaboración simbólica singular y colectiva a través de la intervención de profesionales de equipos de salud mental instrumentados para estos fines. Es una estrategia importante de considerar e implementar, para que los profesionales intervinientes –de diversas disciplinas– cuenten a su vez con la intervención de tales equipos, para prevenir problemas de salud a corto, mediano o largo plazo.

Respecto a la formación profesional

Es una obviedad necesaria de expresar que las situaciones de desastres y catástrofes son objeto de estudio de las ciencias sociales. Sin embargo, según los hallazgos de la investigación *sobre “Formación en desastres o catástrofes, propuestas en carreras de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales Públicas*

*Argentinas*⁴, podemos afirmar que en la amplia mayoría de Universidades Públicas, no se brinda formación específica para intervenir frente a estas situaciones.

Entre los años 2014-2015, indagamos sobre las propuestas de formación existentes en las carreras que se señalan a continuación, considerando los niveles de pre-grado y grado. Las mismas fueron seleccionadas por considerar que forman profesionales con incumbencias para intervenir con sujetos y/o grupos sociales damnificados por situaciones de desastre o catástrofe, y/o participar en el diseño de políticas públicas atinentes.

Dichas carreras fueron, de las ciencias sociales: Trabajo Social, Sociología, Ciencia Política, Comunicación Social; de las ciencias humanas: Psicología y Ciencias de la Educación. Y se incorporaron dos carreras de las ciencias de la salud: Medicina y Enfermería. Entre las carreras de posgrado se indagó sobre especializaciones, maestrías, doctorados y posdoctorados, relacionados a los campos de las ciencias sociales, humanas y de la salud.

Los datos empíricos fueron recolectados mediante las técnicas de cuestionario y relevamiento de propuestas académicas a través de las páginas web oficiales de las universidades, con la intención de identificar carreras y/o especializaciones, asignaturas, espacios curriculares específicos de carácter obligatorio y/o seminarios o cursos optativos o electivos, vinculados al objeto de investigación. Se realizó incluso la lectura de “contenidos mínimos” de las propuestas identificadas, en los casos en que se encontraban desarrollados.

⁴ Proyecto de Investigación FTS-UNER, dirigido en un comienzo por la Prof. Médica Silvia De Riso y luego por la Mg. Sandra Arito. Integrantes: Lic. Mónica Jacquet, Mg. Laura Imbert, Lic. Lucrecia Cerini, Lic. Analía Rígoli. Integrante becario: Pablo Kriger.

A continuación presentamos una síntesis de los principales resultados:

- Se relevaron los datos correspondientes a 381 carreras de grado y de posgrado, de 47 Universidades Públicas Nacionales, consideradas por poseer al menos una de las carreras seleccionadas.
- Del total de carreras de grado relevadas, se identificó sólo una (1) que se orienta a una formación específica en desastres o catástrofes: la Licenciatura en Protección Civil y Emergencias de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), con modalidad a distancia. Y que también ofrece como propuesta de pregrado, la Tecnicatura en Protección Civil y Emergencias.
- Junto a la recién mencionada, se hallaron sólo dos (2) carreras de ciencias sociales: Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional del Litoral (UNL) que cuenta con una asignatura vinculada al tema investigado, y Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCu) que cuenta con dos asignaturas.
- Y otras siete carreras de ciencias de la salud: de las cuales seis (6) son Licenciaturas en Enfermería (Universidad Nacional de La Matanza, Universidad Nacional de San Luis, Universidad Nacional del Nordeste, Universidad Nacional de Avellaneda, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Universidad Nacional de la Patagonia Austral), y una (1) de Medicina (Universidad Nacional del Nordeste), que cuentan con una (1) sola asignatura por carrera.
- Cabe señalar que en cuatro (4) casos, no son de cursado obligatorio, sino “optativas”.
- A nivel de posgrados, pudieron identificarse cuatro (4) propuestas con algunos contenidos vinculados a Emergencias, Desastres o Catástrofes: la Maestría en Salud Mental (UNER), Carrera de especialización para Médicos especialista en

Emergentología (Universidad de Buenos Aires), Emergentología Pediátrica y Medicina Aeronáutica y Espacial (Universidad de Buenos Aires), Psicología Política y Económica (Universidad de Buenos Aires).

- Respecto a carreras de pregrado se identificaron cinco (5) propuestas, tres (3) de las cuales se plantean vinculadas al campo de la Enfermería, a saber: a) La Tecnicatura en Emergencias Sanitarias y Desastres de la Universidad Nacional Arturo Jauretche; b) Enfermería Universitaria, presentada como Tecnicatura de la Universidad Nacional de Avellaneda, que contiene en su plan de estudio una asignatura denominada *“Enfermería en emergencia y catástrofes”*. Y c) la Tecnicatura en Emergencia Prehospitalaria, Rescate y Trauma de la Universidad Nacional del Litoral. Una cuarta propuesta es la Tecnicatura Universitaria en Gestión de Riesgo, Higiene y Seguridad en el Trabajo (Universidad Nacional de Catamarca), particularmente orientada a la gestión de riesgo en ámbitos laborales. Y por último, se propone la Tecnicatura universitaria en Protección Civil y Emergencias (modalidad a distancia) de UNTREF, ya mencionada anteriormente.

Por ende, estos resultados ponen en evidencia que la formación de intervención en situaciones de desastres y catástrofes es escasa en la mayoría de las carreras de ciencias sociales y humanas de las Universidades Nacionales Públicas Argentinas, identificándose sólo una carrera de grado –y de pregrado en el primer tramo de la misma- que ofrece una formación específica en desastres o catástrofes, con modalidad a distancia.

Acorde al detalle presentado, en el campo de las ciencias sociales, se hallaron un total de tres (3) carreras con contenidos vinculados al tema. En el campo de las ciencias de la salud, siete (7) carreras.

Formación profesional: una tarea impostergable

Hace más de una década que planteamos la necesidad de “estar preparados” para intervenir profesionalmente en este tipo de situaciones. Como equipo entendemos que no es sólo tarea de profesionales. Los ciudadanos, los integrantes de una sociedad, deberíamos estar no sólo alertados, sino preparados para eventuales desastres. Sólo así, sería posible evitar con cierta efectividad el exceso de sufrimiento humano y el impacto no deseado de magnitud no calculable.

Los desastres requieren de intervenciones que van mucho más allá de la asistencia en la emergencia. La repercusión en el orden emocional que generan estas experiencias para quienes asumen la labor de intervenir, -sin desconocer por supuesto a los directamente afectados-, es de gran magnitud. Porque estas situaciones movilizan interiormente a quienes trabajan bajo estas circunstancias hostiles, y no pocas veces quienes las atraviesan se autoperciben como carentes de conocimientos específicos e instrumentación para poder abordarlas adecuadamente.

Se requiere entonces desarrollar una “actitud psicológica profesional” entendida como el conjunto de modalidades relativamente estables, organizadas y coherentes de sentir, pensar y actuar, requeridas para el desempeño del rol profesional que nos permita desplegar la capacidad de intervenir en un campo interaccional, potenciando los recursos personales y profesionales y minimizando los riesgos de filtrar lo no elaborado (De Riso, 2005).

Esta actitud no es innata, se constituye en un trabajo formativo constante en el que se procese, no sólo información, actualización teórica, sino que se procesen y elaboren experiencias vitales. En este terreno formarse es trabajarse a sí mismo.

A partir de nuestra primera investigación, sabemos que todas las personas que intervinieron profesionalmente resultaron afectadas psicológica y físicamente, se encontraron sometidas a presiones tanto internas como externas lo que se reflejó en un estado de tensión y excitación desbordante debiendo apelar a los recursos previos

(saberes, conocimientos, experiencias y recursos personales que pusieron en juego) que no necesariamente resultaron suficientes.

Consideramos muy importante entonces, trabajar esa actitud psicológica que se construye en la elaboración de la relación persona-rol-campo de trabajo y esquema conceptual, la que está en juego y requiere ser pensada y trabajada en particular en intervenciones que nos ponen cara a cara frente a una catástrofe; fundamentalmente porque sabemos que la actitud psicológica es una modalidad instrumental operativa en la relación con los otros de nuestra intervención y pone en juego el modo en que nos implicamos en esa relación.

En situaciones de emergencia o desastre es muy habitual que se destaquen los rasgos más omnipotentes del rol profesional para potenciar la eficacia de la intervención, por lo tanto es necesario advertir que, *“cuando quedamos entrampados en un lugar de luchador/a, cuasi héroe o heroína que da y es capaz de hacer casi todo por otros, esa posición –cuasi heroica- es en parte autoimpuesta pero también construida en un entorno al que le viene bien que alguien la asuma”* (Arito, 2011, p. 273).

Los profesionales suelen desplazarse desde lo personal hacia una dirección en la que queda claro que lo que hacen es por/para otros. Ese discurso traducido en prácticas de gran esfuerzo, a veces de sacrificio, los pone y expone en una posición riesgosa, ubicándolos potencialmente como héroes por sobre los demás, generalmente sin conciencia real de ello. Y con esa autoridad enfrentan la situación desde un lugar peligrosamente omnipotente bastante habitual en situaciones de desastre.

Nuestra hipótesis tiene que ver con que la irrupción violenta del evento traumático, el cambio radical y abrupto del escenario genera y exacerba a los profesionales, así como a la población en general, a hacer algo rápido y bien porque además hacerlo tranquiliza subjetivamente a quien lo hace. Hemos identificado la

presión propia de los que han sido formados para intervenir en problemáticas sociales (como es el caso de las/los trabajadores sociales), que sienten además el deber y la responsabilidad de hacerlo. Si efectivamente pueden y la intervención resulta satisfactoria, ese lugar se confirma y reafirma, y con ello la actitud profesional asumida. Por el contrario, si no resulta satisfactoria, el profesional se siente altamente frustrado ya que su título lo prepara y habilita supuestamente para poder hacer.

Entendemos que es necesario poder reflexionar acerca de la formación profesional permanente; es decir que el ponerse en condiciones de ejercer prácticas profesionales implica necesariamente modificación en los modos de vinculación con el conocimiento, con las personas, con el desarrollo de actitudes críticas y aptitudes para trabajar en equipo, compartir experiencias, problemas, logros y diferencias.

La formación como proceso permanente de desarrollo de aptitudes y cambio de actitudes también requiere de incluir espacios para la reflexión de la propia experiencia de formación y de desempeño profesional.

Sostenemos que la formación es implicante, que nos compromete, que debemos trabajar nuestros posicionamientos, actitudes, que son las modalidades relativamente integradas y estables de pensamiento, emocionalidad y capacidad operativa.

La formación es un proceso, eminentemente humano, que se genera y se pone en movimiento a través de acciones destinadas a la transformación de los sujetos; por ello afirma Barbier (1993) que *“las actividades de formación forman parte de las actividades o de los procesos más generales de transformación de los individuos”* (p. 17).

Honoré (1980) sostiene que

la formación puede ser concebida como una actividad por la cual se busca, con el otro, las condiciones para que un saber recibido del exterior, luego interiorizado, pueda ser superado y exteriorizado de nuevo, bajo una nueva forma, enriquecido, con significado en una nueva actividad (p. 20).

Desde esta perspectiva el concepto de formación está ligado íntimamente al de cultura; así lo expresa Díaz Barriga (1993) cuando afirma que *“la formación es una actividad eminentemente humana, por medio de la cual el hombre es capaz de recrear la cultura”* (p. 48).

Si la cultura supone la construcción de significados compartidos, y la formación implica la resignificación de los mismos, es posible entender cómo la formación posibilita al hombre la re creación de la cultura.

Esta manera de comprender la formación nos lleva a plantear que la misma en la universidad, debe posibilitar el desarrollo más que de una racionalidad técnica, de capacidades para ubicarse frente a nuevos escenarios desarrollando para ello no solo habilidades específicas sino capacidades frente a los efectos de la globalización, a los nuevos escenarios, la incertidumbre, los conflictos éticos entre otros fenómenos de la contemporaneidad. Esa capacidad situacional conlleva el desarrollo de habilidades, actitudes y conocimientos que posibiliten la formación de profesionales reflexivos y críticos.

Marta Souto (1999) plantea que:

[...] desde un enfoque psicosociológico la formación se comprende como un proceso de transformación donde las relaciones que el sujeto establece son fundamentales. La dinámica de desarrollo personal se da en situación, en espacios y tiempos con calidades

específicas que facilitan los procesos de objetivación-subjetivación, el retorno sobre sí mismo, la reflexión como posibilidad de pensar sobre lo actuado, lo pensado, lo sentido. Las relaciones interpersonales de comunicación, de poder, de control, de saber; las representaciones mutuas, el reflejo de unos en otros, las relaciones de cooperación, de competencia para la realización del trabajo común son constitutivas del proceso mismo de formación. La formación es un proceso social de desarrollo personal. La institución y sus condiciones, el ambiente de la formación y por supuesto el grupo y las relaciones que en él se establecen no son externas sino que pertenecen al adentro de la formación.

Si consideramos el pensar imposible de ser escindido del aprendizaje retomamos de José Bleger (1972) que:

Para poder pensar es preciso haber llegado a un nivel en el que sea posible admitir y tolerar un cierto monto de ansiedad, con la consiguiente apertura de posibilidades, pérdida de estereotipias, es decir, de controles seguros y fijos. En otros términos, pensar equivale a abandonar un marco de seguridad y verse lanzado a una corriente de posibilidades.

En el pensamiento coinciden siempre el objeto con el sujeto, y no se puede “remover” el objeto sin “remover” y problematizarse uno mismo; en el miedo a pensar está incluido el temor a pasar ansiedades y confusiones y quedar encerrado en ellas sin poder salir. Ansiedades y confusiones son, por otra parte, ineludibles en el proceso del pensar y, por lo tanto, del aprendizaje (p. 17).

Además de los aspectos cognoscitivos el aprender supone incorporar el afecto; ya que cuando aprendemos comprometemos toda nuestra persona; lo hacemos desde nuestros intereses y necesidades; desde nuestras posibilidades, deseos y limitaciones. Aprendemos desde nuestra historia personal, desde la cultura y el grupo al que pertenecemos. Por eso sostenemos que la formación es implicante, que nos

compromete, que debemos trabajar y retrabajar nuestros posicionamientos, nuestra actitud, que son las *“modalidades relativamente integradas y estables de pensamiento, emocionalidad, capacidad operativa para incluirnos creativamente en la situación que como profesionales tenemos que abordar”* (De Riso, 2005). De allí que sea tan importante incluir espacios para la reflexión de la propia experiencia de formación y de desempeño profesional.

Conclusiones

La primera investigación realizada puso en evidencia la afectación subjetiva de profesionales que intervinieron sin contar con formación específica para enfrentar situaciones de desastre o catástrofe. La segunda investigación reveló la escasez de propuestas de formación en la amplia mayoría de las carreras de ciencias sociales y humanas de las Universidades Nacionales Públicas Argentinas. Es pertinente pensar que ambos hechos se encuentran relacionados.

Entendemos que los campos profesionales y las formas de intervención deben definirse a partir de comprender la lógica de las transformaciones políticas, económicas, sociales, culturales, que a su vez modifican y condicionan los escenarios y los propios ámbitos de inserción profesional.

Comprenderlo implica poder distinguir el eje ético-político en el cual se traza la divisoria entre una intervención profesional responsable, de otro tipo de intervención o propuestas profesionales de mero corte mecánico-técnico-administrativo-instrumental.

Plantear formaciones profesionales que promuevan intervenciones responsables, idóneas y complejas en cada uno de los momentos atinentes a las situaciones de desastre o catástrofe; que a su vez prevengan consecuencias indeseadas tanto a nivel subjetivo, de los afectados directos e indirectos, como socio-

comunitarias; es una labor a encarar sin más postergaciones por las Universidades Públicas de nuestro país.

Bibliografía consultada

ARITO, S. (2011). *Cuando la subjetividad se torna heroica en las intervenciones profesionales*. En S. Cazzaniga, *Entramados conceptuales en Trabajo Social: Categorías y problemáticas de la intervención profesional*. FTS-UNER: Editorial La Hendija.

BENYAKAR, M. ([2003] 2006). *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

BARBIER, J. M. (1993). *La evaluación en los procesos de formación*. Barcelona: Paidós.

BLEGER, J. (1972). *Temas de psicología (Entrevista y grupos)*. Buenos Aires: Edic. Nueva Visión.

DE RISO, S. (2005). *Ficha de cátedra: Característica de operación psicológica y actitud psicológica profesional. Encuadre y ámbito de intervención*. Licenciatura en Trabajo Social. FTS-UNER.

DE RISO, S. Y OTRAS (2010). *Informe de avance Proyecto de Investigación: Situaciones de desastre o catástrofe, focalizando en los Agentes y Dispositivos de Intervención*. FTS-UNER.

DÍAZ BARRIGA, Á. (1993). *Investigación educativa y formación de profesores*. Cuadernos del CESU, 20. México: UNAM.

HONORÉ, B. (1980). *Para una teoría de la formación*. Madrid: Narcea.

Martínez, M., Guerra, P. (1997). Síndrome de Burnout: el riesgo de ser profesional de ayuda. *Revista Salud y Cambio*, 6-23.

OPS-OMS. (2002). *Protección de la salud mental en situaciones de desastres y emergencias*. Serie Manuales y Guías sobre Desastres N° 1. Washington D.C.

Socio Debate

Revista de Ciencias Sociales

ISSN 2451-7763

Año 2-Nº 4

Diciembre de 2016

Url: <http://www.feej.org/index.php/revista-sociodebate>

SOUTO, M. (1999). *Grupos y dispositivos de formación*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Formación de formadores. Buenos Aires: Serie Los Documentos.